



Segundo semestre de 2025  
e119

Facultad de Filosofía y  
Ciencias Humanas  
Universidad de La Sabana



# Akay —Me duele— En idioma Chamí

**Michael Andretty Hoyos Ruiz**  
 <https://orcid.org/0009-0006-4057-7308>  
Universidad del Cauca, Colombia  
✉ [michaelhoyos@unicauca.edu.co](mailto:michaelhoyos@unicauca.edu.co)

\*\*\*

I

*Todos venimos del lenguaje o eso dice el animal  
perfectamente egoísta*

Enredo de palabrerías.

Veo blanco, un blanco purísimo, no veo nada más que eso. No distingo entre sombras y matices. Estoy solo. No hay contrastes. Es decir, no existe tal cosa como una *sombra* que, al dejarse ver, refleje a ojo de aguja lo que *yo* soy. ¡Sí!, esa diminuta pero visible sombra me ayudaría a descubrir *qué* o *quién* soy, pues, por más que volteo pa' lao' y lao' no me veo. Tengo miedo. No hay nada más para ver... Solamente el *blanco*, tan blanco e intensamente blanco. Es tanto que el vértigo y el desespero que esta blancura me produce me agitó a tal grado que solté un fortísimo grito y al mismo tiempo me hizo agarrar la cabeza. Sin darme cuenta, como si fuese un pequeño destello el que me chasqueara, aquel trivial

## Cómo citar

Hoyos, M. A. (2025). Akay — Me duele—  
En idioma Chamí. *Égora*, 1(1), e119.  
[https://e-gora.unisabana.edu.co/index.  
php/egora/article/view/26671](https://e-gora.unisabana.edu.co/index.php/egora/article/view/26671)

acto me hizo consciente de que *soy* portador de un cuerpo y de que, por ende, el movimiento hace parte de mí. Así pues, asombrado de este descubrimiento tan repentino, hice uso de mi cualidad moviendo los dedos de mi mano sutilmente y sintiendo en cada movimiento una calidez propia de la intimidad de un amigo. Supe entonces que mis deditos eran más que eso: yo era parte de ellos y ellos de mí.

Sin embargo, la dicha me duró poco; el hecho de no poder ver mi mano con sus deditos moviéndose me producía una profunda tristeza.

Fue entonces que me comencé a tocar todo el cuerpo, me toqué la cara, me agarré los cachetes, palpé mis labios y mordí mis dedos. Incluso alcé mis brazos y echándolos de pa' atrás. Descubrí con mis manos que tengo un cabello largo y liso. La razón por la que me palpaba tanto era mi deseo de encontrar algo, algo que no sabía qué era. Pues, ¡qué extraña sensación es esa de tocar y sentir tan claramente algo, sin saber qué es eso que se toca! ¿Qué significaba todo ello? ¿Cuál era el motivo de mi búsqueda? Si no sabía *qué* o *quién era*, sería válido preguntarme, ¿qué sabía -yo- de mí? ¿Acaso tenía algún nombre? ¿Qué palabra podría decirme lo que soy? ¿Quién soy? No entendía el *por qué* me hacía estas meticulosas preguntas.

\*\*\*

## II

Después de tal descubrimiento, en lo que a mí respecta, me dediqué a jugar con mis ojos, cerrándolos y abriéndolos constantemente tratando de mirar algo diferente de este mar blanco que tanto me oprimía los sesos. Esta frívola pero entretenida actividad me hacía sentir que había algo allí, entre el blanco y mis retinas: era de nuevo la incertidumbre de no saber quién soy. De pronto, en mi intento de dejar de ver todo tan neutro y puro, comencé a llenar ese espacio vacío con las formas más simples que la imaginación me brindó: los *trazos*, esos pequeños trazos que nadaban vivamente y que desprendían ciertos matices cálidos, fríos y un tanto brillosos — poco después supe que se les llaman colores —. Era un espectáculo verlos fusionarse. Fue ahí cuando esta amalgama de colores encharcados esbozaron, como quien pinta con acuarelas, una casita salpicada, que al verla me desnubló un recuerdo vago de un pueblito, del que al parecer yo provenía, en el cual había un parquecito en el que reposaba entre las flores y las piedras una fuente. Al menos, ya no me sentía tan solo. Ahora miro más que solo *blanco*.

\*\*\*

## III

Esa bruma blanca vuelve a veces, incluso ahora, cuando de repente, no hay nada que me recuerde ese lugar. Me hallo de pie. Camino hacia la ventana que tengo en frente y, asomándome casi sin que la luz del sol me deje ver, observo edificios, muchos edificios, unos más altos que otros. Y en aquel momento pasó a vuelo alto y veloz, entre ellos, un pajarillo de un pardo majestuoso.

Dicho animal robó mi atención, y mirándolo a lo lejos noté que aquel color tan cálido se pintó en mí, pues, al mirar mis manos, percibí en ellas aquel mismo color canela. Aquello me consoló profundamente, porque esto significaba solo una cosa: que *yo* tenía forma y, por ende, la podía ver. Supe entonces que mis manos eran grandes y robustas, y que mi cuerpo era un tanto alto, de tronco ancho y de piernas largas.

Me di vuelta y, dejando de ver la ventana, a mi costado, quedé absorto ante un gigantesco recuadro que me producía repugnancia, porque guardaba dentro de sus marcos una pintura totalmente *blanca*. Sostuve mi mirada en aquella vacua pintura, recreando a pincelazos la imagen de los edificios que hacía unos instantes dejé de ver, pero esta vez los miré con un mayor detenimiento, de modo que al detallarlos más cuidadosamente me pregunté: ¿para qué edificios tan altos? ¿Acaso pretenden tocar el cielo?

No entendía la razón por la que me planteaba todo esto; pensativo, mi boca medio cerrada susurró «¿Belleza? ¿Todo lo bello tiene que ser blanco? ¿Acaso hay alguien que piense eso?» No sabría decirlo con certeza, pues, al recordar el color pardo de aquel pajarillo, supe que no solo lo blanco es bello. Además, ¿cuál sería el motivo de tal admiración por este color?

Escudriñé la frondosidad de edificios que había recreado y, sorprendido, descubrí que entre todos, el más alto y, por lo tanto, el más bello, era blanco...

Justo allí, atisbando este hecho, fui atrapado por mis pensamientos y por un estremecimiento silencioso que recorría todo mi cuerpo. Una sensación extraña, indescriptible para mí, me absorbía y se manifestaba en desolación.

Me encontraba abrumado, lelo y sentado sobre el piso; aquel edificio mutó su tamaño hasta cubrir todo el lienzo, como si se hubiera chorreado una capa de blanco sobre él. Todo se esfumó y quedamos de nuevo el blanco y yo. Me aterraba tanto ese color. ¿A qué le tenía miedo? ¿Qué era eso que no quería recordar? En ese momento, me mordisqueaba la mente el difuso matiz del rojo y de la brasa ¿Acaso era el fuego? Me aferré tanto a esa translucidez del rojo que todo se manchó de él, y lo único que pude ver fue el fulgor con que las venas abiertas de muchos de los cuerpos del mismo color que el mío se convertían en ríos de sangre. Yo me hallaba ahí, mis manos trémulas y rojas buscaban a alguien igual que yo, pero no había nadie, todos estaban muertos. Traté de pararme y, al hacerlo, resbalé en algo, era la cabeza de mi madre. La alcé y, mientras la limpiaba con mis lágrimas, vi que se alejaban unos *señores blancos*. A cada paso que daban azotando sus caballos dejaban caer sus antorchas por doquier, incendiándolo todo. El fuego se expandió hasta dejarme solo a mí con un pasado de sangre y con mis raíces vueltas cenizas.

El eco de aquel recuerdo perturbaba en mi interior un vacío que se llenaba con algunos pites de palabras y algunos maltrechos signos de pregunta: ¿cuál fue nuestro error para que mataran a mamá y a papá? Al encontrarme un *señor blanco* en medio de esta laguna de sangre, no me mató, sino que, con su cuchillo, cortó la mitad de mi lengua y me quitó las prendas que llevaba puestas. Estos señores me habían despojado de mi lenguaje y mascullaron mis costumbres como a perros. Quedé desprotegido y no quedó más para mí que dejarme amansar forzosamente para no estar condenado a la soledad, y verme obligado a utilizar lo que ahora uso para narrar mi historia: su *lenguaje*.

\*\*\*

## IV

Seguí sentado y, para no ver aquel horroroso cuadro de los recuerdos, miré para todos lados. No tenía nociones de espacio ni de tiempo, y mi desorientación era tal que no encontré otra opción más que echarme a correr. Detrás de mí venía una manada de preguntas que, por más que tratase de alejarme de ellas, parecía imposible despistarlas. A medida en que corría, cada una de ellas trataba de acercarse más y más.

Corrí y corrí, de repente que me percaté de que no estaba corriendo de forma lineal, sino que estaba descendiendo muchos pisos, y en cada uno de ellos observé que se ostentaba el blanco en paredes, en el piso y en algunos pilares. Noté, mientras seguía con el afán de no dejarme apresar por aquellas preguntas con aspecto de ánimas, que este color se manifestaba en todas las cosas dentro del edificio, las mesas, las sillas, los cuadros, las macetas y los libros se pincelaban de blanco. Al descender los pisos, atisbé por las ventanas que, tanto las casas como los vestidos de las gentes, cargaban con ese escalofriante matiz blanquecino. Cuando llegué al primer piso y miré completico al edificio, supe que se trataba del edificio que había recreado en mi mente.

Traté de seguir corriendo por las calles, pero mi ilusión de que no me atraparan las preguntas se esfumó cuando todas en un periquete lograron alcanzarme y, a pesar de mi resistencia y lucha, no fui capaz de liberarme. Durante el forcejeo me tumbaron al suelo, lo que permitió la entrada paulatina y silenciosa de cada pregunta en mí. Cada pregunta me exasperaba, pero no las podía evitar. En el momento en que la última entró, mi cuerpo se estremeció y se turbó, y todas las preguntas se revelaron ante mis ojos, deshilando un desgarrador diálogo que se regaba como un hielo en mí y me desmembraba: ¿quién soy yo? Si soy ajeno de este lenguaje, ¿por qué me escondo en él? Si no me pertenece, si el mío fue arrancado, botado y olvidado, ¿cómo puedo existir en un lenguaje diferente al mío? No lo entiendo. ¿Acaso existo en gracia del que me está escribiendo? ¿Es decir, que soy una creación del lenguaje de los *señores blancos*? ¿Es su palabra la que me da vida? Si es así, comprendo a plenitud que incluso si me cohíbo de todos mis sentidos, su lenguaje seguiría habitando en mi cabeza. Y si soy una simple construcción de sus palabras, ¿cómo puedo *yo pensar y sentir desde un lenguaje tan extraño a mí*? ¿Cómo puedo *yo* escapar de esto que no *soy*?

\*\*\*

## V

Abatido, y con las muchas ánimas en su cuerpo, nuestro amigo, agitado, se levantó y emprendió un viaje rumbo a las montañas de su pueblo, pues algo le dictaba que tenía que ir hacia allá, a deshacerse de lo que no le es propio. Caminó durante tres días por trochas y zanjas, decía que así acertaba más el camino. Al cuarto día, en la madrugada, llegó a su pueblo. Transitó por la calle principal, la única de las tres calles que estaba adoquinada, pero eso sí, un poco maltrecha. Dicha calle daba con el parquecito que se ubicaba en el centro del pueblo y en el que, entre las flores y las bancas, reposaba una fuente *blanca*. Siguió su camino impulsado por sus deseos, pues eran ellos

los que le dictaban por dónde abrirse paso. En su andar, se le creó la ilusión de que la carretera se le expandía y se le achicaba en cada respiro.

El sol quemaba fuertemente, su rostro comenzó a expresar fatiga y cansancio, pues desde la huida algo le punzaba el cuerpo como si lo quisiese expulsar. Por la trocha empinada de tierra amarilla y muerta su ritmo al caminar se fue pausando, en cada paso que daba miraba al cielo y lo sentía más de cerca, tanto que llegó a creer que lo podía tocar. En todo el camino no había parado en ningún momento y tampoco lo haría, pues no faltaba subir tanta trocha para llegar al llano que lo estaba esperando. Sin embargo, su fatiga había incrementado y el sudor era cada vez más frecuente, se desprendía desde su faz y algunas gotitas se deslizaban hasta el mentón, otras se quedaban balanceándose en sus labios o nariz.

Alguna gotita de sudor llegó a caer en sus manos, lo que le hizo agachar la cabeza y, mirándolas, sintió que en ellas se escondía un frío de páramo. Espantado, se le estremeció el cuerpo y decidió acelerar el paso. Mientras caminaba, el frío se dilataba en sus brazos, tronco y cabeza, luego bajó hasta apoderarse de sus piernas y pies. En consecuencia, todo su cuerpo se desestabilizó, y sin poder dar un paso más se arrodilló en el suelo, como quien se ancla a él.

Su desespero era tal, que dentro de sí se encendió la chispa de *Llakhi* por el vivir, y seguido, se manifestaron unas monstruosas ansias de desechar ese *algo* que le punzaba. Todo su cuerpo se tambaleaba, en especial la garganta, y lo atacaban los espasmos. Se encontraba atrapado en un limbo oscuro y vacío. Lunático y sin poderse mover, gritó, gritó y gritó hasta casi quedarse sin voz. De pronto, su alma se apaciguó, pero no del todo. En ese efímero sosiego, brotaron de su cuerpo una ráfaga de arcadas que expulsaban largamente oraciones, palabras, letras y vocales de diferentes tamaños y de significados difíciles de definir; si eran oraciones, caían con la fuerza de un río, pero si lo hacían solitarias las palabras o las letras, caían como los pequeños riachuelos. Con cada arcada, su habla se deformaba hasta el punto de no entender qué era lo que estaba diciendo: — Ellos has son los tú si blancos — Son Montañas rojas y soy yo — Diablos ante mí con las mares de lunas bellas— Los espíritus eran los pequeños grandes de mis casas — el de los colores vuestros amor de luz negra—. Durante este trance sufría un gran desasosiego, y su cuerpo se sacudía constantemente. Lelo, con los ojos agrandados y con el cuerpo desbaratado, dio unos pequeños pasos con la poca fuerza que le quedaba; sintió en los pies el suave pasto y, al ver aquel verde que tanto andaba buscando, dejó caer su cuerpo sobre él. Dio algunos respiros suaves y cerró los ojos. El pasto lo abrigaba...

\*\*\*

## VI

El canto de un pajarillo de plumaje amarillo y marrón lo despertó, y el susurro del pasto con su humedad le hacía sentir tranquilo. Más tarde, las estrellas se asomaron un poco tímidas. Mirándolas, hizo ademanes de querer atraparlas, jugando, creaba simpatía con lo que miraba. El cielo de la noche se indefinía en su inmensidad, abrazando absolutamente todo. De pronto, con gran rapidez, un camaleón se le subió a su mano y un erizo se le arrimó a la otra, acariciándola

suavemente con su nariz. La noche continuaba y ellos seguían juntos, más de cerquita. ¿Quién sabe cuánto tiempo se habrán quedado allí, hundidos en el suave pasto los unos sobre los otros, antes de seguir caminando?

El camino se abría paso entre las malezas, las ramas en espirales y las piedritas esparcidas poraí. Cuando llegó a la cascada, la miró tan pura que las piedritas más profundas del charco no se escondían de la luz. Aquello le maravilló tanto que fue a tocarla, recogiendo con sus manos un poquito de ella; sus ojos titilaron al sentir algo tan cálido y tan cristalino. Emocionado, adentró un poquito sus pies en el charco de la cascada para sentir completamente el agua. Jugó moviendo sus dedos y se quedó un buen rato así; luego los sacó dando unos cuantos pasos para ponerse de espaldas a la cascada y sentado con los ojos cerrados, se dedicó a escuchar el bello vibrar del agua. ¿Quién sabe qué le diría?

El sol se escondía tras las nubes, haciendo que el frío se apoderara de a poco de las montañas. Esto lo llevó a buscar leña, pero no sabía dónde encontrarla, por lo que el viento le sopló los posibles lugares, guiándolo hasta ellos. Cargó la necesaria y se fue a sentar con la tierra, ella le indicó cómo hacer fuego y, al lograrlo, pudo calentarse. Estupefacto, lo contempló largo rato sin conocer de tiempos; el fuego ardía y ardía. ¿Quién sabe qué tanto le habrá dejado ver?

Quedaron ascuas del fuego. Era otro día. Y sentado sobre una piedra a la que se ajustaba completito, miró al frente, quedándose absorto ante la inmensidad de las montañas en las que los árboles, las cascadas y los animales nacían y volvían al barro, a la tierra.

Antes de levantarse, agarró con su mano izquierda tierra y con la derecha hojas. Alzó sus brazos y, al ir soltando simultáneamente las hojas y la tierra sobre su cuerpo, comenzó a moverlo, quizá simulando bailar. Con cada ademán se desprendía un aire sereno y tranquilo. En ese unísono movimiento, sus ojos se iban tornando al color luz. Y paulatinamente *yo* también comprendía, que las palabras no nos alcanzaron y no nos iban a alcanzar para representar eso que está fuera de ellas, esos *no sé lo que siento, pero lo siento*. De manera que el fuego, el viento, la tierra y los animales no le brindaron palabras, sino más bien sentires. ¿Qué pasa cuando la palabra no alcanza a describir la sensibilidad humana? ¿O qué pasa cuando se presenta esa absurda situación en la que una *palabra* necesita de más *palabras* para ser entendida? ¿Qué hace falta *para respirar en la misma palabra, en su mismo lenguaje*? Sus pasos, al bailar, poco a poco mejoraban en su precisión y la luz en sus ojos resplandecía con fulgor. Pues, ¿qué sería de nuestra existencia si no tuviéramos la facultad de aproximar a nuestro entendimiento y comodidad eso que no entendemos?

Además, ¿qué sería de él, que buscó escapar de estas letras que odia, pero que le dan la vida? Sabe que sin ellas dejaría de *ser*, que al liberarse de sus recuerdos y de su sufrimiento, quedaría arraigado en ser huérfano hasta del lenguaje y de ese blanco que tanto lo taladra. Pero ¿este *ser* que buscó, ese *nombre*, también existiría sin él? ¿Acaso todo tiene que ser nombrado para que exista?

Ya no parecía ser él el que bailaba, pues su cuerpo fluía con cada soplo de aire y su armonía conectaba con todo lo que le rodeaba. Al terminársele la tierra y al dejar caer las últimas hojas de su mano, cesó el baile, atisbó con una sonrisa el cielo y cayó dormido sobre la piedrita. Sé que aún



sigue dormido y lo estará para siempre cuando decida escribir la última línea, pero, ¿qué queda para mí? ¿Seguir siendo un esclavo del lenguaje de los *señores de blanco*? Pues, sé que sin estas palabras, habría sido inimaginable este relato. Y no sólo eso, también, habría sido inimaginable mi existencia y la de todos ustedes.

